# LEON FELIPE

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# PRESENTACIÓN

*por Luis Ríus*

LA POESIA de León Felipe, que nace de una radical inconformidad humana, parece suponer una contradicción. Idealmente, la poesía es para León Felipe la palabra que el hombre encontrará cuando su mundo se transforme en algo justo, luminoso, para cantarlo. Es, pues, algo inexistente en nuestra realidad. Pero, por otra parte, el hombre, insatisfecho de esta realidad que habita, no puede intentar trascenderla más que volviendo los ojos a ese otro mundo donde la poesía se realice; y la única puerta, o, mejor dicho, la única ventana por la que puede escaparse hacia él es la palabra poética, o sea, la palabra humana preñada de anhelo, de nostalgia de esa tierra propicia de la que se halla desterrada. Palabra que fustiga este mundo cautivo porque cree en aquél. Palabra, en efecto, la de este gran poeta, violenta, destructora, blasfema; pero palabra que envidia a la canción, palabra que blasfema para poder soñarse canto. Así vista, la posible contradicción implícita en la poesía de León Felipe se desvanece como una mera apariencia.

No es, pues, la poesía para León Felipe una culminación espiritual del hombre, que, como premio o como consoladora meta, le ofrece su propia existencia; sino que es un camino, una brecha clandestina al margen del orden establecido y de la ley, que puede conducir al hombre a la liberación de esta realidad suya, la cual, enroscada como una culebra, lo asfixia en su centro cerrado.

La poesía es la posibilidad de expresión que el hombre tiene para revelarse a sí mismo su propia esencia, y de este modo salvarse de la existencia encadenada a una realidad que lo disminuye, ya que en su misma esencia está el camino que, al revelarse, lo salvará. Esencia humana que no puede definirse con palabras objetivas, ya que éstas no alcanzan más que a designar lo genérico del hombre (*zoón politicón, animal rationalis...*) y no lo individual, sino que ha de ser revelada sólo al través de la metáfora, pues pertenece a un ser sustancialmente poético, que, al vivir en un mundo que no lo es, aspira enardecidamente a destruírlo, para rehacerlo infundiéndole una sustancia idéntica a la suya. He ahí la más honda de las tragedias humanas; de ella procede la poesía de León Felipe y a ella se refiere:

> Poesía, / tristeza honda y ambición del alma, /
> ¡cuándo te darás a todos... a todos, / al príncipe
> y al paria, / a todos... / sin ritmo y sin palabras!

Hay en León Felipe una identificación tan plena de la poesía con la esencia trágica del hombre, tal como ha quedado enunciada líneas atrás, que sería absurdo deducir de su obra un concepto aristocratizante de la poesía y del poeta. En ella hay, en cambio, una permanente insistencia en la idea de que el poeta no es más que un instrumento que le da forma a esa ansia del ser humano de salvarse de su existencia rebajada. Esa ansia, esa fuerza que impulsa al poeta a cantar, no es suya, es de todos los hombres, de todos los pueblos. No es la poesía el ejercicio de un espíritu privilegiado que se construye un mundo propio, maravillosamente rico, para habitarlo, lejos de los hombres incapaces de entender sus maravillas. Y el poeta no es en el fondo, no lo ha sido nunca, más que el viejo juglar que canta de memoria los versos que más lo conmueven, los más elementalmente humanos, sin poder discernir cuáles son los propios y cuáles los ajenos, sólo atento a la virginidad de la verdad que entrañan:

> Poeta, / ni de tu corazón / ni de tu pensamiento /
> ni del horno divino de Vulcano / han nacido tus
> alas. / Entre todos los hombres las labraron / y en-
> tre todos los hombres en los huesos / de tus costillas
> las hincaron. / La mano más humilde / te ha clavado
> un ensueño... / una pluma de amor en el costado.

Varias palabras incluídas en el poema citado (labraron, huesos, costillas, hincaron, clavado) dan, contrapuestas a la sensación de ligereza de las alas —plumas de amor—, una idea de pesantez, de esfuerzo doloroso, de crucifixión, con lo cual vivamente queda sugerida la tragedia del destino humano.

El poeta, consciente de la esencia poética del hombre, encuentra en un mínimo episodio de la vida natural el gran símbolo humano, y dice:

> ¡Un gusano (convertido) en mariposa! Este es el
> milagro, el brinco prodigioso que a mí me ha sos-
> tenido sobre la tierra..., esto es lo que más me ha ma-
> ravillado de todo cuanto he visto en el mundo... Este
> es el asombro mayor que ha presenciado mi concien-
> cia... Y yo digo que un gusano transformado en

> mariposa es mucho más asombroso que la rotación matemática y musical de las esferas siderales. Todo en el mundo se mueve con un rodar de noria dentro de un círculo cerrado... la serpiente se chupa el caramelo de la cola... la Tierra rueda y se repite... la historia es siempre "el dulce y egoísta cuento de la rosquilla"... Todo marcha y vuelve en una dialéctica cerrada y fatal... Pero el gusano tiene una dialéctica poética... el gusano se convierte en mariposa.

¿Y no será que el Creador de esta realidad oscura que vivimos nos habla en un lenguaje que no corresponde al nuestro? ¿Y que lo que percibimos como meros hechos naturales, a los cuales aplicamos nuestro paciente análisis racional, son palabras, signos mediante los cuales el Creador quiere revelarnos nuestro verdadero destino? No es la transformación del gusano en mariposa, como ningún otro hecho físico, un fenómeno cuyo sentido acabe en sí mismo, sino un jeroglífico que se refiere a otra cosa. De esta sospecha nació la antigua nigromancia. Sin embargo, la vieja interpretación de los signos pudo ser desenmascarada por la ciencia como un falso artificio, porque se aplicaba a casos particulares y circunstanciales exclusivamente.

El gran poeta es otra vez capaz de ver los hechos de la naturaleza con ojos de augur o nigromántico. Las cosas son para él signos que es necesario traducir a lo humano en su dinamismo vital, ya que se refieren a ese mundo imaginado hacia el que se dirige el destino del hombre. De ahí su prestigio de vaticinador, pues llega a la verdad por una vía más real que la que sigue la interpretación analítica, la cual percibe estáticamente el hecho natural, porque sólo así puede practicar en él una disección; y llega, además, a una verdad más alta: la que de un simple hecho trasciende a un universal destino.

Es indudablemente en un plano metafísico en el que se halla situada la poesía de León Felipe. Esto no puede perderse de vista en ningún momento si queremos entenderla cumplidamente. Es fundamentalmente una poesía religiosa. Reducida a esquema, éste sería, en último extremo, el diálogo del hombre con Dios.

Ahora bien, a diferencia de toda otra poesía religiosa española, ésta no asciende a El, sino que tira de El hacia la tierra; no es un canto que se remonta a las altas esferas; es la voz del hombre agobiado por la existencia, bronca, despojada de la gracia del vuelo, la que quiere hacerse oír de Dios. En esta pasión de terrenalidad tenemos que descubrir la más honda significación de la poesía de León Felipe.

Nadie más alejado que este poeta del concepto de "poesía pura", de poesía desnuda de elementos extrapoéticos. La poesía pura, como parece concebirla León Felipe, el canto emanado de una realidad luminosa y justa, no pertenece a nuestro mundo. Cuando nos dice:

> Deshaced ese verso. / Quitadle los caireles de la rima, / el metro, la cadencia / y hasta la idea misma. / Aventad las palabras, / y si después queda algo todavía, / eso será la poesía,

no nos está dando la fórmula para componer un poema puro. ¿O es que podríamos en justicia darles un valor preceptivo a esas palabras, cuando toda la obra de León Felipe está construída precisamente con la rima, el metro, la cadencia y la idea? ¿Cabe suponer en un poeta que se desdiga a tal grado de su obra? El alcance de sus palabras es evidentemente otro, y éste puede muy bien ser la afirmación de que la sustancia poética del canto del hombre no está en los distintos elementos, significantes y significados, que lo integran y lo hacen posible, sino que de ellos emana, y que al emanar de ellos los anula como elementos separables los unos de los otros. La voz poética del hombre, como de hombre que es, tiene fatalmente que nacer manchada para ser verdadera, impregnada de la realidad antipoética que circunda al hombre, de esa relidad de la cual, al denunciarla, se quiere salvar. No niega, pues, León Felipe la validez del empleo que el poeta hace de tales elementos, sino que, por el contrario, afirma la absoluta necesidad de emplearlos.

Pero, al igual que de la "poesía pura", León Felipe se aparta de la "poesía social", ya que no finca el valor poético del verso en ninguno de esos elementos constitutivos.

Es muy difícil de precisar la falsedad de un poema, pues no poseemos un término anterior, objetivo, de comparación. Hay, pues, que descubrirla en la estructura misma de cada poema, única e irrepetible. Sin embargo, en el poema así aislado sí podemos notar si alguno de los elementos que lo integran lo abarca al grado de congestionarlo y —valga la expresión— de usurparlo. Hay poemas, en efecto, que son ideas; otros hay que son sentimiento crudo, casi físico. ¿Podemos en rigor llamarlos poemas, cuando de ellos no emana otra cosa más que uno de sus elementos constitutivos anormalmente desarrollado: una idea disfrazada con el énfasis de las palabras, o un sentimiento que no trasciende del mundo afectivo exclusivo del individuo a lo humano en general? Son éstos tan falsos poemas como aquéllos en los que la musicalidad fonética o el alarde técnico constituyen el *logro* poético.

No le pertenecen a la poesía ni verdades objetivas ni verdades parciales, que son las únicas a las que pueden aspirar los distintos elementos impuros que el poeta maneja. La poesía busca una verdad absoluta: la que se desprende de un momento psíquico vivido por un ser tan intensamente, que haya logrado individualizar en el suyo un sentimiento colectivo trascendente; verdad que es independiente del valor que en sí mismos posean los distintos elementos utilizados en el poema.

Del roce rítmico, del acoplamiento armonioso de los distintos elementos extrapoéticos que el poeta maneja brota la poesía, como la llama surge del roce acompasado y sostenido de la yesca con el pedernal. El poeta prometeico, como León Felipe, el verdadero poeta, es el poeta del fuego, con el cual busca el exterminio de una realidad mezquina, para sembrar después en la tierra abonada de ceniza la semilla de la grandeza espiritual del hombre. Se trata de incendiar el mundo y no de lapidar una de sus provincias.

Es, pues, el poema un fruto permanente que se sustenta en raíces circunstanciales. Lo contrario de un fruto natural. Esos elementos circunstanciales no pueden omitirse porque de ellos se alimenta el poema; pero tampoco pueden suplantar al fruto, a riesgo de agostarse pronto y morir.

La poesía de León Felipe, como muy pocas en nuestra lengua, está contaminada de circunstancialidad de fondo y forma; y debido a ello es, como muy pocas, de una emoción tan ásperamente vital, de un color tan de tierra, de un sonido tan hondo y, a la vez, tan próximo. Esta es la fórmula de Prometeo:

> Por *hoy y para mí*, la Poesía no es más que un sistema luminoso de señales. Hogueras que encendemos aquí abajo, entre tinieblas encontradas, para que alguien nos vea, para que no nos olviden. ¡Aquí estamos, Señor!

> Y todo lo que hay en el mundo es mío y valedero para entrar en un poema, para alimentar una fogata. Todo. Hasta lo *literario*, como arda y se queme.
>
> Y no vale menos un proverbio rodado que una imagen virginal; un versículo de la Revelación que el último *slang* de las alcantarillas. Todo buen combustible es material poético excelente.

Pero así también queda claro que lo que busca es el fuego esencial por encima del estallido contingente. Sublevar al hombre, sí, contra la injusticia y la bajeza con que los aprisiona su circunstancia histórica. Ese es, en verdad, su más acendrado propósito, ya que —como se ha dicho— siente que la poesía es el camino que conduce al hombre a serlo más sustancialmente, a ser trascendente. Pero este propósito lo persigue, no dirigiéndose a la corteza social, sino al centro más profundo del individuo, a la conciencia desolada de su ser irrepetible. La poesía debe despertar esa recóndita conciencia humana aherrojada por la realidad toda, y no referirse a sólo un aspecto de dicha realidad. El anhelo del poeta prometeico es, en definitiva, que el gusano se convierta en mariposa, no que el gusano consiga acoplarse convenientemente al trozo de tierra por el que se arrastra.

Es del plano metafísico en donde se halla, desde donde la poesía de León Felipe llega a la realidad social del hombre, y sólo por eso la puede conmover con tanta violencia, con tanta enjundia.

Y esta poesía religiosa que León Felipe nos deja es tan original e inusitada, debido, en buena parte, al aliento épico que la impulsa. Su poesía es fundamentalmente una epopeya, porque las relaciones del hombre con las oscuridades de su propio ser y con las fuerzas sobrehumanas que actúan sobre él, están planteadas en forma de lucha, de penoso esfuerzo. El héroe de esta epopeya trascendental, impregnado de tierra hasta los huesos, erguido y maltrecho, aquí junto a nosotros y en este mismo instante, se vale en su lucha agotadora incluso de los subterfugios villanos a los que a veces recurrían los viejos héroes batalladores, cuando era inútil intentar la lucha cuerpo a cuerpo, y sobornaban y engañaban y transaban maliciosamente con sus contrarios. Aquí el poeta también lanza ofertas mercantiles y regatea en un tira y afloja mercenario con Dios, y disimula y amaga y retrocede. Es la epopeya, henchida de soledad e indómito tesón, del hombre al que un ser superior parece querer humillar y aniquilar, que no acepta ese destino, y que se rebela contra él; un héroe cuya meta es la afirmación gloriosa de su ser, alzándose sobre su mezquina circunstancia vital hasta la inmortalidad.

Esa lucha, a tal extremo llevada, cotidianamente mantenida palmo a palmo en la conciencia, sólo puede sostenerse apelando a una fuerza que transgreda todas las fronteras de la razón. La razón no ha podido mantenerla nunca; no ha podido liberar al hombre de su esclavitud más dolorosa; si acaso, ha tratado de hacérsela más llevadera, explicándosela con términos sabios.

> El filósofo dice: Pienso... luego existo.
> Yo digo: Lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo.

Y gritar y blasfemar, que le revelan al poeta su existencia, le revelan también que esa existencia no corresponde a su ser, y que hay que librarlo de ella para darle otra donde el grito sea canción. La razón no ayuda a hallar una solución a esa angustia preñada de urgencia. Ella no alcanza más que a buscar, y tal vez a encontrar, un remedio para satisfacer las necesidades sociales que el hombre tiene. Y León Felipe, que no es un poeta social, no acude a cobijarse en ella. Toda su poesía está, sí, impregnada de circunstancia histórica, de tierra, hasta con nombres y fechas tatuados en sus versos; pero así está para salvar de esa circunstancialidad al hombre y no para confundirlo con ella.

> Para encontrar la verdad hay que reventar el cerebro, hay que hacerlo explotar. La verdad está más allá de la caja de música y del gran fichero filosófico.
>
> Cuando sentimos que se rompe el cerebro y se quiebra en grito el salmo en la garganta, comenzamos a comprender. Un día averiguamos que en nuestra casa no hay ventanas. Entonces abrimos un gran boquete en la pared y nos escapamos a buscar la luz desnudos, locos y mudos, sin discurso y sin canción.

El irracionalismo ha sido, pues, el boquete salvador que ha abierto en su casa de altos y ciegos muros, por el cual ha podido ver un día la maravilla de la metamorfosis del gusano.

León Felipe lo ha dicho:

> ...el filósofo cree en la razón y el poeta en la locura.

NACE POETICAMENTE León Felipe con un tema fundamental: el del camino, el cual incluso le da el título que llevan sus dos primeros libros; y ése es el tema permanente de toda su obra.

La vida se ofrece a su conciencia como camino. Podría decirse que la historia real del poeta —él siempre ha sido un vagabundo— ha intervenido poderosamente en su conciencia para que ésta capte la esencia de la vida como un errar incesante.

En su obra, como de poeta que es, claro que ese tema no constituye un *a priori* intelectual, ni tampoco se analiza o desarrolla en abstracto. Se trata de una idea vivida; mejor dicho, sentida. Su valor es biográfico, no conceptual. Esa idea se halla vigente en el mundo afectivo del poeta, activándole su percepción sentimental de sí mismo como ser único e irrepetible. Válida para la vida en general, cobra sentido profundo cuando se le revela íntima y total al caminante solitario:

> Nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana / hacia Dios / por este mismo camino / que yo voy...

Y el camino, el destino humano, lo siente el poeta regido por el azar, no por la razón, no por la voluntad, ni siquiera por el instinto. Es un extraño, huidizo azar (el Viento lo llama León Felipe) el que traza, modifica y decide la ruta:

> No andes errante... / y busca tu camino. / —Dejadme. / Ya vendrá un viento fuerte / que me lleve a mi sitio.

Destino tan fuerte, que, tal vez, más allá de esta vida terrena, aguardará al hombre después de su muerte para seguir siendo suyo, ¿hasta cuándo?:

Ahora de pueblo en pueblo / errando por la vida, / luego de mundo en mundo errando por el cielo / lo mismo que esa estrella fugitiva. / ¿Después?... Después... / ya lo dirá esa estrella misma, / esa estrella romera que es la mía, / esa estrella que corre por el cielo sin albergue / como yo por la vida.

Dicho tema cobra forma admirable y se enriquece de significación en dos poemas definitivos: *Qué lástima* y *Romero sólo.*

¿Cuál es el sentido de este destino impuesto al hombre por el Viento? Que, siguiéndolo, conserve el hombre su pureza elemental, manteniendo su sensibilidad despierta para captar todo lo que la realidad que lo circunda le ofrece, para que nada le sea ajeno, como le son al especialista, al oficial, las cosas que no competen a su profesión; que de esta manera no distraiga nunca el ejercicio de su más cierto oficio: el de hombre, el de ser poético que anhela salvarse de una realidad que lo encadena.

Este destino humano se nos comunica al través de los versos de León Felipe en un tono de irremediable soledad. Es en este punto donde la idea cobra una fuerza afectiva extraordinaria, donde cobra un cuerpo cálido y palpable como el cuerpo físico del hombre. Siendo un mismo destino el de todos los hombres, el individuo, el poeta, no se siente hondamente acompañado en el suyo por nadie; su destino no puede compartirlo con sus semejantes. Y esta soledad, cuerda en permanente tensión que vibra a cada paso que da el caminante, es la que impele al poeta a llorar, a gritar, ¿a cantar?, delante de los demás hombres su propia vida. La vibración de esta cuerda, más o menos intensa según el poema, no deja de percibirse nunca en la obra de León Felipe. Es ella la que transforma las palabras del caminante en pasión, en poesía. A veces, ese acompañamiento pasional crece tanto que ahoga a la melodía, y, a su monótono son, se canta a sí mismo: ("¡Qué solo estoy, Señor!..."). En otro poema, el poeta niega la validez de una cierta forma de compañía que los hombres procuran darse:

Cuando me han visto solo y recostado / al borde del camino, / unos hombres / con trazas de mendigos / que cruzaban rebeldes y afanosos / me han dicho: / —Ven con nosotros, / peregrino. Y otros hombres / con porte de patricios / que llevaban sus galas / intranquilos, / me han hablado / lo mismo: / —Ven con nosotros, peregrino. / Yo a todos los he visto / perderse allá a lo lejos del camino... / y me he quedado solo, sin despegar los labios, en mi sitio.

Accidentes comunes, de linaje, de riqueza, de creencias, ligan a los hombres; pero una compañía sustentada en ellos no puede tener más que un valor accidental y no esencial. Al poeta, que sólo mira a su esencia y no a sus accidentes, esta compañía no le sirve, no le supone nada. El poema donde se rechaza la validez esencial de dicha compañía humana nos presenta ante los ojos, al mismo tiempo, una imagen plástica lastimera: grupos de hombres que se alejan por un mismo camino, dejando a su zaga, solo, enmudecido, al poeta que no ha querido seguirlos.

Ese tono de tristeza con que el sentimiento de soledad de León Felipe se vela a veces, en otros momentos se torna desesperado, iracundo, y entonces el poeta canta su más desolador anhelo: el de perder la terrible conciencia de sí mismo, de olvidar, de dormir. Pero la gama sentimental de la poesía de León Felipe es muy compleja, y, otras veces, entre los poemas elegíacos, los desesperados, los blasfemos, aparece súbitamente alguno de una delicadísima ternura, de una conmovedora apacibilidad, cuyo encuentro es tanto más gustoso al lector cuanto más raro es, y que viene a darnos un nuevo aspecto del prodigioso mundo afectivo del poeta, valiéndose, excepcionalmente en este caso, de un tono de voz muy tenue:

Así es mi vida, piedra, / como tú. Como tú, piedra pequeña; / como tú, / piedra ligera; / como tú, / canto que ruedas / por las calzadas / y por las veredas; / como tú, / guijarro humilde de las carreteras; / como tú, / que en días de tormenta / te hundes en el cieno de la tierra / y luego / centelleas / bajo los cascos / y bajo las ruedas; / como tú , que no has servido / para ser ni piedra / de una lonja, / ni piedra de una audiencia, / ni piedra de un palacio, / ni piedra de una iglesia... / como tú, / piedra aventurera... / como tú, / que tal vez estás hecha / sólo para una honda... / piedra pequeña / y / ligera...

Canta este poema un encuentro inesperado, imprevisto. Encuentro, revelación de identidad de otro destino particular con el destino del poeta. Encuentro que por un instante lo colma de consuelo, y que apresa en unos versos para no perderlo ya. Toda la fuerza expresiva de este poema, su significado más verdadero, parece encerrado en la repetición *como tú, como tú...*: avidez verbal de captar la identidad descubierta, que quisiera convertirse en fórmula mágica —*como tú, como tú...*— para crear otra vez el espejismo cuando éste se haya desvanecido.

En este sentimiento de radical soledad, magistralmente comunicado, que el poeta cultiva, estriba sobre todo la hondura poética de León Felipe, y su fuerza humana; fuerza mucho más poderosa y efectiva que la que posee la llamada, en estricto sentido, poesía social, esto es, la que no pretende llegar más allá de la corteza social del hombre, porque en ella cree encontrar al hombre verdaderamente.

La aspiración a la convivencia, a la solidaridad humana, quiere fundarla la poesía social —y, en términos generales, esto puede aplicarse a la actitud predominante en nuestra época— en la creencia de que el hombre está, por esencia, llamado a ella; o sea, que supone para él una obligación ineludible tender a tal fin. En efecto, los valores sociales se han desmesurado entre nosotros al grado de llegar a considerárseles los más altos y los más representativos del ser humano. Y tanto se ha exaltado la virtud social del hombre, que se ve como delictuosa la actitud del solitario.

Y, en verdad, no puede decirse que, hasta ahora, de ello hayan derivado resultados positivos. Nunca como hoy el hombre se ha sentido, en intimidad, vacío, y a su vida, provisional. No es precisamente el amor el afecto más característico de nuestra época. El amor ha sido en gran medida suplantado por las relaciones corteses, por el trato convencional. Los hombres nos acercamos asiduamente los unos a los otros, movidos por esa especie de hábito apático que lleva consigo toda obligación, todo acto premeditado y periódicamente repetido. Los hombres estamos cada vez más de visita entre los hombres.

Se nos ha dicho, se nos dice a cada momento: La soledad es yerma, egoísta e inútil. Hay que negarla. Hay que avergonzarse de ella. Es preciso comprometerse. El ideal humano no confesado de nuestra época es el hormiguero. Pero es el caso que, hasta donde alcanzamos a saber, las hormigas no se aman las unas a las otras, fundamentalmente porque no lo necesitan, ya que constituyen una sociedad perfectamente homogénea. El hombre, en cambio, tiene una apremiante necesidad de amar, de aproximarse espiritualmente a los otros seres semejantes, en la misma medida que se sabe por naturaleza alejado de ellos. Necesidad que se hace en él más urgente, cuanto más clara e inminente es la conciencia de su soledad. Necesidad, por otra parte, que debe fomentar y no solapar engañosamente, ya que es ella la fuerza más positiva que el hombre posee para luchar contra su desventurado destino.

El amante es el solitario por excelencia, y en la misma medida que lo es, aplica todas sus potencias en buscar una comunicación, una comunión, con el ser amado, con su semejante.

El problema más verdadero del hombre es el de su soledad. Disimular ésta —ya no digamos proscribirla—, tratar de negar su realidad esencial, es querer —inconscientemente, claro— disminuir o aniquilar la capacidad humana de amar, inherente a ella. Por otra parte, fomentar desmedidamente en el hombre sus facultades sociales, engañarlo con la idea de que su destino se halla íntimamente compartido por otros seres, no conduce a otra cosa más que a dejarlo vergonzantemente sumido en su soledad, sin fuerzas ya para rebatirse contra ella.

Esa soledad inconfesada, soterrada, del hombre socialmente exaltado y transfigurado en un ser eminentemente político, sí que es —y valga la redundancia— desoladora y yerma. En ella acaba el hombre que se ha pensado como no es, irremediablemente; y en ella se acaba. La soledad es la savia que alimenta al espíritu del hombre; de ella nace dolorosamente el ejercicio humano por excelencia, el ejercicio de amar, que no es buscar identidad sino comunión, comunicación honda.

Y la voz del poeta auténtico es la voz misma de nuestra soledad. Su más alta misión es despertárnosla en nuestra conciencia:

> Yo no puedo tener un verso dulce / que anestesie el llanto de los niños / y mueva suavemente las hamacas como una brisa esclava. / Porque yo no he venido a hacer dormir a nadie. / Además... esa tempestad ¿quién la detiene? // ¡Eh, tú, varón confiado que dormitas! ¡Levántate, recoge tus zapatos y prosigue... / Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie. // Hacia las altas cumbres trepan los dioses extenuados buscando un resplandor. / Y aquí voy yo con ellos, / entre el sudor y el polvo de sus inmensos pies descalzos, / aquí voy yo con ellos, atropellado y sacudido, pero agarrándome a sus plantas como las pinzas de un insecto, / clavándome en su carne, / hundiéndome en su sangre / como un pulgón, / como una nigua... maldiciendo, blasfemando... / Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie: / ni a los niños, / ni a los hombres, / ni a los dioses.

León Felipe no nos engaña a este respecto. No entona himnos sonoros a la sociedad ni al progreso. No es ése su oficio. En cambio, taladra con su verso nuestra soledad, nos habla a ella con las palabras brotadas de la suya; palabras ásperas, elementales, encadenadas por un ritmo primario, sin artificios. Leyendo a León Felipe, oyendo su voz destemplada y llameante, comprendemos que el solo lenguaje con que podemos hondamente comunicarnos los hombres es el lenguaje de nuestras soledades.

Pero la palabra de León Felipe, henchida de soledad, no viene a consolarnos anunciándonos otra vida en la que no estemos solos, ni a infundirnos un beatífico desprecio por este mundo en el que padecemos clavados a nuestra soledad, ni menos a predicarnos resignación. Viene su palabra a exaltar nuestro espíritu, a ponerlo en desesperada actividad, dirigida a una inalcanzable comunicación con los otros seres solitarios, a predicar la guerra del espíritu en este mundo ciego, para llegar a convertirlo alguna vez en el mundo auténtico del hombre: el mundo donde eche raíces este abandonado ser poético que ahora vaga desterrado por él.

Por eso su palabra fue tan buena, tan cobijera, tan hermosa, en la guerra civil española; no llegó a dictar consignas políticas, ni a cantar en los hombres excelencias que son atributo de las hormigas; fue a hablarles a su soledad y de su soledad, y, por ello, a incitarles al amor, que tantas veces es sangre y guerra; a despertarlos a la pasión humana de la luz y a moverlos al heroísmo de defender la dignidad, nunca como entonces amenazada, del hombre. Su palabra en aquellos momentos, que pudo desagradar alguna vez a esos seres abstractos que son los partidos políticos, penetró hasta la médula del sentimiento de cada uno de los combatientes leales, porque se nutría, no de las aguas turbias de un conflicto político contingente, sino del prístino manantial de una crisis humana eterna.

Dice Guillermo de Torre que si hay un poeta comprometido ése es León Felipe. Yo lo creo, y lo entiendo así: comprometido a no olvidarse nunca de lo esencial humano por lo accidental; comprometido a actuar en lo accidental para llegar a lo esencial, y sólo para ello; comprometido porque le concede a la poesía un valor eminentemente moral, y la suya presupone una actitud de entrega heroica a la vida, permanentemente mantenida. Por último, y atendiendo ahora a los resultados, es un poeta comprometido porque su poesía, como tal vez ninguna otra en nuestra lengua, compromete al hombre consigo mismo, con su soledad, y, en consecuencia, con todos los demás hombres.

ES LA DE LEON FELIPE una poesía hablada, no escrita. Los rasgos sobresalientes de su estilo siempre corresponden, en efecto, a una expresión oral. Poesía, en este sentido, juglaresca, con la cual el poeta se dirige de viva voz a su lector, es decir, a su oyente, haciéndole intervenir en ella a veces de un modo muy directo, preguntándole, increpándole, llamándole por su nombre incluso.

Es esta forma de expresión la que, en rigor, conviene a la naturaleza de su poesía. No es la suya una poesía reflexiva, fruto de una intuición cuidadosamente cernida por la meditación, sino una poesía impulsiva. Los grandes temas del hombre, febrilmente intuidos, se agitan convulsivamente en ella, no se exponen con sosiego. No hay tiempo ni paciencia para meditarlos; ni deseo de hacerlo; sólo se les denuncia, reaccionando directamente ante ellos; se abarcan de un golpe, pasionalmente. No hay tiempo para traducirlos a palabra escrita, lenta, contenida, sino tan sólo para recrearlos al mismo ritmo que se presentan, bruscamente, libremente, dándoles forma con los labios, no con la mano.

Así es que León Felipe completa sus poemas, los acaba de crear, al decirlos de viva voz. Y es esta forma de comunicación, tan rara en nuestra época, un factor determinante de la popularidad de este poeta, pues con él la poesía deja de ser hermética, intrincada, inaccesible para los más, para hacerse, en cambio, próxima, ineludible. Ella es la que viene en nuestra busca, la que se entrega a nosotros, de manera que no nos es posible rehuirla, ignorarla.

El carácter hablado de la poesía de León Felipe le da a ésta una gran movilidad, que es, si bien se mira, vitalidad. El poema hablado no acaba nunca de fijarse en una forma definitiva, inconmovible. Siempre, en mayor o menor grado, va modificándose al paso del tiempo, al roce de determinadas circunstancias, como le ocurre a todo organismo vivo. Este fenómeno, tan palpable en nuestro *Romancero*, se produce también en la obra de León Felipe. Muchos de sus poemas tienen varias versiones, han hecho camino como el mismo poeta, sin perder por ello su esencia original, sino, al contrario, depurándola. Podría decirse que el poema de León Felipe arde como una llama que, siendo siempre la misma, a cada lengüetazo muda su forma en otra. En el caso de este poeta, su poesía no se desprende de él al granar, como el fruto del árbol, sino que sigue ligada a su vida como la cauda de fuego de un cometa, haciendo camino con él, impulsada por la misma fuerza que la produjo —ese Viento tenaz que no la deja sosegar.

El encadenamiento de poemas es otro resultado del estilo impulsivo, simultáneo a la intuición, de León Felipe. De un poema, en el cual la idea, de un modo global, ha sido enunciada bruscamente, nacen otros poemas que lo complementan, como un tronco que se ramifica. Esta forma no sintética de su poesía, sino suelta, en libertad, no limita nunca la posibilidad de seguir retoñando ramas nuevas. Crece su poesía a campo abierto, a los ojos del poeta que ha aventado la semilla para dejarla espontáneamente realizarse.

La ausencia de virtuosismo formal es tan notoria, que bien puede señalarse, no como una característica, entre otras, de su estilo, sino como el mismo fundamento de éste. Si excluímos dos o tres poemas, que excepcionalmente se sujetan a un molde formal estricto —y aún así poco artificioso—, en su obra entera no hallamos otro elemento retórico actuando más que la rima asonantada, deliberadamente pobre, la cual cumple su verdadera función —tal como la ha explicado Antonio Machado—, que es la de impregnar de temporalidad al poema, y nunca una función ornamental. Nada o casi nada hay en la poesía de León Felipe que podamos advertir con los ojos, ni alardes formales ni virtuosismos técnicos; sólo palabra en libertad, ceñida únicamente a las fronteras de la intuición que se quiere comunicar.

Esa libertad propicia la existencia de las frecuentes reiteraciones que hallamos en la expresión poética de León Felipe. Generalmente, en un poema suyo la idea se reitera obsesivamente, y se reiteran también ciertas fórmulas idiomáticas. Muchas veces, la fuerza de esos poemas radica precisamente en la repetición más que en la idea, en el retorno incesante a ella, y en el retorno a las fórmulas idiomáticas que contienen la pasión de la idea; porque, en verdad, lo poético es la fuerza que la palabra tiene de remover en el fondo de nuestro ser los problemas primarios inherentes a él, los cuales, vencidos por su propia insolubilidad, van siendo relegados cada vez más a medida que la civilización se desarrolla, y sustituídos por otros problemas más inmediatos creados por la propia civilización. Remover en nuestro interior los primeros problemas es lo que hace la palabra del poeta —nuestro semejante incivilizado—, y sólo ella acierta a hacerlo. No nos descubre su existencia; no nos propone su solución —no la hay—; sólo nos revela su permanencia, y no recordándonolos (el recuerdo se refiere a algo que ya no nos pertenece), sino desenterrándolos en nosotros, haciéndolos retornar a nuestra vida. Es este retorno inacabable, la sensación de este retorno, mejor dicho, lo que lleva en sus entrañas la palabra de León Felipe, reiterativa, monótona.

A la extremada impureza de los elementos que León Felipe utiliza en su creación poética, corresponde, dentro del campo del lenguaje, el uso de palabras y de expresiones pertenecientes al habla coloquial, vulgar, muy frecuente en su poesía. Sirva de ejemplo aquí el poema intitulado *Diálogo entre el poeta y la muerte*:

P. ¡Oh muerte! Ya sé que estás ahí. Ten un poquito de paciencia.

M. Son las tres. ¿Nos iremos cuando se vayan las estrellas, cuando canten los gallos, cuando la luz primera grite con su clarín desde la sierra,
cuando abra el sol una rendija cárdena entre el cielo y la tierra?

P. Ni cuando tú lo digas ni cuando yo lo quiera.
He venido a escribir mi testamento. Cuando escriba mi última blasfemia
se me caerá la pluma, se romperá el tintero sin que nadie lo mueva,
se verterá la tinta y, sin que tú la empujes,
se abrirá de par en par la puerta.
Entonces nos iremos. Mientras...
cuelga tu guadaña con mi cachava en el perchero del pasillo y siéntate... ¡Siéntate y espera!

La intromisión del lenguaje coloquial en la poesía de León Felipe le da a ésta una extraña y vívida presencia en nuestro espíritu, una cálida corporeidad a la idea contenida en ella, y una vigorosa inmediatez vital a la experiencia poética. No es éste de ninguna manera un rasgo de prosaísmo, ya que el poeta no rebaja la percepción de una realidad trascendente a una intención cotidiana; sino todo lo contrario: el poeta, al percibir tan auténticamente dicha realidad trascendente, se entrega a ella cargado de todas las contingencias que su vivir cotidiano le impone. La afectividad que esos elementos idiomáticos le dan al poema citado es notable, y es merced a ella que logramos sentir la existencia real e inmediata de las relaciones entre el hombre y su muerte.

No sólo es el empleo de expresiones coloquiales lo que proporciona tanta fuerza afectiva al estilo de León Felipe. En sus versos abundan onomatopeyas, exclamaciones, etc..., elementos todos ellos que, magistralmente utilizados, colaboran a darle a su obra ese tono exaltado, desmesurado, que tiene, tan inconfundible.

Es el suyo el tono del hombre incitado, el del poeta épico que es al mismo tiempo el héroe de la epopeya que narra. Con las palabras lucha y tiene que blandirlas con brío y sin contemplaciones. Además, la lucha en la gesta leonfelipesca es —como ya sabemos— desigual, y es preciso exacerbar el esfuerzo del débil inyectándolo de rabia, de furor, de locura. Al acometer, hay que proferir gritos, rugidos, que arredren al contrario omnipotente, que lo hagan

temblar. En el tono de la poesía de este admirable héroe contemporáneo está implícita toda su grandeza, todo su arrojo, y toda su amargura también, amalgamados complejamente. En el tono de su voz percibimos, en efecto, la honda tragedia que se debate en el interior del hombre. Se trata de un héroe que, para poder serlo, se asiste de la violencia y del aliento de la locura; pero que, a diferencia de don Quijote, es consciente de ello. En los momentos de tregua, a veces el tono de su palabra se abate hasta descender a un nivel patético:

. . . . . .

—¡Que se callen ya todos y me dejen dormir!
Los que apuestan ahí abajo, en el sótano,
y los que juegan, allá arriba, a los dados, en el piso tercero.
Pero los jugadores no se callan...
los jugadores están siempre despiertos.
Y yo desesperado,
acabo por tomar parte en el juego...
y ahora digo gritando enfurecido: Envido:
Todas mis lágrimas, amargas o vacías... todas por un pedazo largo, largo, largo... profundo e interminable de sueño.

Pero el tono de su voz cae para levantarse otra vez. No hay un final: ni triunfo ni derrota; sólo lucha desigual, agonía. Y este héroe que se bate con la palabra por el Hombre ha de ser, como su invisible y poderoso contrincante, eterno. Ya lo es la poesía de León Felipe, que ahora escuchamos dicha por él de viva voz.

# ANTOLOGÍA POÉTICA

*por León Felipe*

CARA I

## PRECEPTIVA POETICA

I

Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
¡cuándo te darás a todos... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabras!

II

Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

III

Más bajo poetas,
más bajo
hablad más bajo
no gritéis tanto
no lloréis tan alto
si para quejaros acercáis la bocina
a vuestros labios
parecerá vuestro llanto como el de las plañideras,
mercenario.

IV

Y si el verso
poetas cortesanos
si el verso como el hombre
no fuese de cristal
sino de barro.

V

Poeta,
ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento,
ni del horno divino de vulcano
han salido tus alas.
Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño...
una pluma de amor en el costado.

VI

POEMAS MENORES de *Versos y oraciones de caminante* (1917).

Nadie fué ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

VII

Para mí el bordón sólo.
A vosotros os dejo

la vara justiciera,
el caduceo,
el báculo
y el cetro.
Para mí el bordón sólo del romero...
Yo quiero el camino blanco y sin término.

VIII

¿Qué me importa que se borren
los caminos de la tierra
con el agua
que ha traído esa tormenta?
Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas.

IX

Huyen. Se ve que huyen
vueltas de espaldas a la tierra.
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.
Para buscar lo que buscamos
(¿dónde está mi sortija?) una cerilla es buena,
y la luz del gas,
y la maravillosa luz eléctrica...
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.

X

No es lo que me trae cansado
este camino de ahora.
No cansa
una vuelta sola.
Cansa el estar todo un día,
hora tras hora,
y día tras día un año
y año tras año una vida
dando vueltas a la noria.

XI

¡QUÉ DIA TAN LARGO!

¡Qué día tan largo,
y qué camino tan áspero,
qué largo es todo, qué largo,
qué largo es todo y qué áspero!
En el cielo está clavado
el sol iracundo y alto.
La tierra es toda llanura, llanura, toda llanura, y en la llanura... ni un árbol.
Voy tan cansado
que pienso en una sombra cualquiera. Quiero descanso, descanso, sólo descanso.
¡Dormir! Y lo mismo me da ya bajo un ciprés que bajo un álamo.



XII

AHORA DE PUEBLO EN PUEBLO

Ahora de pueblo en pueblo
errando por la vida,
luego de mundo en mundo errando por el cielo
lo mismo que esa estrella fugitiva.
¿Después?... Después
ya lo dirá esa estrella misma,
esa estrella romera
que es la mía,
esa estrella que corre por el cielo sin albergue
como yo por la vida.

XIII

CORAZON MIO...

Corazón mío...
¡Qué abandonado te encuentro!
Corazón mío,
estás lo mismo que aquellos
palacios deshabitados
y llenos de misteriosos silencios.
Corazón mío,
palacio viejo,
palacio desmantelado,
palacio desierto
palacio mudo
y lleno de misteriosos silencios ...
Ni una golondrina ya
llega a buscar tus aleros...
y hacen su cobijo sólo
en tus huecos los murciélagos.

XIV

VEN CON NOSOTROS...

Cuando me han visto solo y recostado
al borde del camino,
unos hombres
con trazas de mendigos
que cruzaban rebeldes y afanosos
me han dicho:
—Ven con nosotros
peregrino.
Y otros hombres
con portes de patricios
que llevaban sus galas
intranquilos,
me han hablado
lo mismo:
—Ven con nosotros, peregrino.
Yo a todos los he visto
perderse allá a lo lejos del camino...
y me he quedado solo, sin despegar los labios, en mi sitio.

## XV

### ¡QUÉ SOLO ESTOY, SEÑOR!

¡Qué solo estoy, Señor!
¡Qué solo y qué rendido
de andar a la ventura
buscando mi destino!
En todos los mesones
he dormido,
en mesones de amor
y en mesones malditos,
sin encontrar jamás
mi albergue decisivo.
Y ahora estoy aquí solo...
rendido
de andar a la ventura
por todos los caminos.
Ahora estoy aquí solo,
en este pueblo de Avila escondido
pensando
que no está aquí mi sitio,
que no está aquí tampoco
mi albergue decisivo.

## XVI

### MAS SENCILLA

Más sencilla, más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos.
Los brazos en abrazo hacia la Tierra,
el ástil disparándose a los cielos.

Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto,
este equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla, más sencilla;
hazme una cruz sencilla, carpintero.

## XVII

### CRISTO

Viniste a glorificar las lágrimas...
no a enjugarlas...
Viniste a abrir las heridas...
no a cerrarlas.
Viniste a encender las hogueras...
no a apagarlas...
Viniste a decir:
¡Que corran el llanto,
la sangre
y el fuego...
como el agua!

## XVIII

### POEMAS MAYORES de *Versos y oraciones de caminante* (1917)

### AUTORRETRATO

### ¡QUÉ LASTIMA!

¡Qué lástima
que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas de hoy cantan!
¡Qué lástima
que yo no pueda entonár con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde esta a aquella comarca.
¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana
y fuí a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada;
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña.
Después... después ya no he vuelto a echar el ancla,
y ninguna de estas tierras me levanta
ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa
rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma casa.
¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!
una casa solariega y blasonada,
una casa
en que guardara,
a más de otras cosas raras
un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada
y el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla.
¡Qué lástima
que yo no tenga un abuelo que ganara
una batalla,
retratado con una mano cruzada
en el pecho, y la otra mano en el puño de la espada!
Y, ¡qué lástima
que yo no tenga siquiera una espada!
Porque... ¿qué voy a cantar si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada.
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?

¡Qué voy a cantar si soy un paria
que apenas tiene una capa!
Sin embargo... en esta tierra de España
y en un pueblo de la Alcarria
hay una casa
en la que estoy de posada
y donde tengo, prestadas,
una mesa de pino y una silla de paja.
Un libro tengo también. Y todo mi ajuar se halla
en una sala
muy amplia
y muy blanca...
que está en la parte más baja
y más fresca de la casa.
Tiene una luz muy clara
esta sala tan amplia y tan blanca,
una luz muy clara
que entra por una ventana
que da a una calle muy ancha.
Y a la luz de esta ventana
vengo todas las mañanas.
Aquí me siento sobre mi silla de paja
y venzo las horas largas
leyendo en mi libro y viendo cómo pasa
la gente al través de la ventana.
Cosas de poca importancia
parecen un libro y el cristal de una ventana
en un pueblo de la Alcarria,
y, sin embargo, le basta
para sentir todo el ritmo de la vida a mi alma.
Que todo el ritmo del mundo por estos cristales pasa
cuando pasan
ese pastor que va detrás de las cabras
con una enorme cayada,
esa mujer agobiada
con una carga
de leña en la espalda,
esos mendigos que vienen arrastrando sus miserias, de
Pastrana,
y esa niña que va a la escuela de tan mala gana.
¡Oh, esa niña! Hace un alto en mi ventana
siempre y se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
¡Qué gracia
tiene su cara
en el cristal aplastada
con la barbilla sumida y la naricilla chata!
Yo me río mucho mirándola
y la digo que es una niña muy guapa...
Ella, entonces, me llama ¡tonto!, y se marcha.
¡Pobre niña! Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia la escuela de muy mala gana,
ni se para
en mi ventana,
ni se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.

Que un día se puso mala,
muy mala,
y otro día doblaron por ella a muerto las campanas.
Y en una tarde muy clara,
por esta calle tan ancha,
al través de la ventana,
vi cómo se la llevaban
en una caja
muy blanca...
En una caja
muy blanca
que tenía un cristalito en la tapa.
Por aquel cristal se la veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana...
Al cristal de esta ventana
que ahora me recuerda siempre el cristalito de aquella
caja
tan blanca.
Todo el ritmo de la vida pasa
por este cristal de mi ventana...
¡Y la muerte también pasa!

¡Qué lástima
que no pudiendo cantar otras hazañas,
porque no tengo una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada,
y soy un paria
que apenas tiene una capa...
venga, forzado, a cantar cosas de poca importancia!

## XIX

## ¡QUE PENA!

¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas
y siempre se repitiera
los mismos pueblos, las mismas ventas
los mismos rebaños, las mismas recuas!

¡Qué pena si esta vida tuviera
—esta vida nuestra—
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos en la Historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos hombres, las mismas guerras,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!

¡Qué pena,
que sea así todo siempre, siempre de la misma manera!

XX

COMO TÚ...

Así es mi vida,
piedra,
como tú. Como tú,
piedra pequeña;
como tú,
piedra ligera;
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas;
como tú,
guijarro humilde de las carreteras;
como tú,
que en días de tormenta
te hundes
en el cieno de la tierra
y luego
centelleas
bajo los cascos
y bajo las ruedas;
como tú, que no has servido
para ser ni piedra
de una lonja,
ni piedra de una audiencia,
ni piedra de un palacio,
ni piedra de una iglesia...
como tú,
piedra aventurera...
como tú,
que tal vez estás hecha
sólo para una honda...
piedra pequeña
y ligera.

XXI

VENCIDOS

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero sin peto y sin espaldar,
va cargado de amargura,
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar.
Va cargado de amargura,
que allá "quedó su ventura"
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Va cargado de amargura
va vencido el caballero de retorno a su lugar.
¡Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar!
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,
hazme un sitio en tu montura
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar!
Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo
pastor.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...

XXII

ROMERO SOLO

Ser en la vida romero,
romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera...menos un sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el Rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos

la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

XXIII

PIE PARA EL NIÑO DE VALLECAS DE VELAZQUEZ

Bacía, Yelmo... Halo...
éste es el orden, Sancho.

De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista,
de aquí no se va nadie. Nadie
Ni el místico ni el suicida.

Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardía,
sin huir
con unas alas de percalina
o haciendo un agujero
en la tarima.
De aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.

Y es inútil,
inútil toda huída
(ni por abajo
ni por arriba).
Se vuelve siempre. Siempre.
Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
—halo ya, no yelmo ni bacía—
se acomode a las sienes de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.
Tú y yo, y Sancho, y el Niño de Vallecas,
y el místico, y el suicida.

XXIV

ELEGIA

A la memoria de Héctor Marqués, capitán de la Marina mercante española, que murió en alta mar y lo enterraron en Nueva York.

...tierra extranjera
cayó sobre su carne aventurera.

JOSE DEL RIO SAINZ

Marineros,
¿por qué le dais a la tierra lo que no es suyo
y se lo quitáis al mar?



¿Por qué le habéis enterrado, marineros,
si era un soldado del mar?
Su frente encendida, un faro;
ojos azules, carne de yodo y de sal.
Murió allá arriba, en el puente,
con la rosa de los vientos en la mano,
deshojando la estrella de navegar.
¿Por qué le habéis enterrado, marineros?
¡Y en una tierra sin conchas! ¡En la playa negra!...
¡Allá,
en la ribera siniestra
del otro mar!
¡Nueva York!
—piedra, cemento y hierro en tempestad—.
Donde el ojo ciclópeo del gran faro
que busca a los ahogados no puede llegar,
donde se acaban las torres y los puentes,
donde no se ve ya
la espuma altiva de los rascacielos,
en los escombros de las calles sórdidas
que rompen en el último arrabal,
donde se vuelve la culebra sombría de los "elevados
a meterse otra vez en la ciudad...
Allí, la arcilla opaca de los cementerios, marineros...
¡allí habéis enterrado al capitán!
¿Por qué le habéis enterrado, marineros,
por qué le habéis enterrado,
si murió como el mejor capitán
y su alma —viento, espuma y cabrilleo—
está ahí, entre la noche y el mar?...

A bordo del Cristóbal Colón, 1932.



I

COMO UN PULGON

Yo no puedo tener un verso dulce
que anestesie el llanto de los niños
y mueva suavemente las hamacas como una brisa esclava.
Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie.
Además... esa tempestad ¿quién la detiene?

¡Eh, tú, varón confiado que dormitas! ¡Levántate, recoge
tus zapatos y prosigue...
Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie.

Hacia las cumbres trepan los dioses extenuados buscando
un resplandor.
Y aquí voy yo con ellos,
entre el sudor
y el polvo de sus inmensos pies descalzos,
aquí voy yo con ellos, atropellado y sacudido, pero
agarrándome a sus plantas como las pinzas de un insecto,
clavándome en su carne,
hundiéndome en su sangre
como un pulgón,
como una nigua... maldiciendo, blasfemando...
Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie:
ni a los niños,
ni a los hombres,
ni a los dioses.

II

PERO YA NO HAY LOCOS

Loqueros... relojeros...,
el sapo iscariote y ladrón en la silla del juez
repartiendo castigos y premios,
en nombre de Cristo, con la efigie de Cristo prendida
del pecho,
y el hombre aquí, de pie, firme, erguido, sereno,
con el pulso normal, con la lengua en silencio,
los ojos en sus cuencas y en su lugar los huesos...
El sapo iscariote y ladrón
en la silla del juez repartiendo castigos y
premios...
y yo, tranquilo aquí, callado, impasible, cuerdo...,
¡cuerdo!, sin que se me quiebre el mecanismo del
cerebro.
¿Cuándo se pierde el juicio?, (relojeros)
¿Cuándo enloquece el hombre? ¿Cuándo
es cuando se enuncian los conceptos
absurdos y blasfemos
y se hacen unos gestos sin sentido, monstruosos y
obscenos?
¿Cuándo es cuando se dice por ejemplo:
No es verdad, Dios no ha puesto
al hombre aquí, en la Tierra, bajo la luz y la ley del
universo;
el hombre es un insecto
que vive en las partes pestilentes y rojas del mono y
del camello?
¿Cuándo si no es ahora (yo pregunto, loqueros),
cuándo es cuando se paran los ojos y se quedan
abiertos, inmensamente abiertos,
sin que puedan cerrarlos ni la llama ni el viento?
¿Cuándo es cuando se cambian las funciones del alma
y los resortes del cuerpo
y en vez de llanto no hay más que risa y baba en
nuestro gesto?
Si no es ahora, ahora que la justicia vale menos,
mucho menos
que el orín de los peros;
si no es ahora, ahora que la justicia tiene menos,
infinitamente menos
categoría que el estiércol;
si no es ahora... ¿cuándo,
cuándo se pierde el juicio? Respondedme, loqueros,
¿cuándo se quiebra y salta roto en mil pedazos el
mecanismo del cerebro?
Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos. Se murió
aquel manchego,
aquel estrafalario fantasma del desierto
y... ¡Ni en España hay locos! ¡Todo el mundo está
cuerdo,
terrible, monstruosamente cuerdo!...
¡Quá bien marcha el reloj! ¡Qué bien marcha el
cerebro
Este reloj..., este cerebro, tic-tac, tic-tac, tic-tac,
es un reloj perfecto...
perfecto, ¡perfecto!

III

SEGADOR ESFORZADO

Y ahora pregunto aquí: ¿quién es el último que
habla,
el sepulturero o el Poeta?
¿He aprendido a decir: Belleza, Luz, Amor y Dios
para que me tapen la boca cuando muera,
con una paletada de tierra?

No.
He venido y estoy aquí,
me iré y volveré mil veces en el Viento
para crear mi gloria con mi llanto.

¡Eh, Muerte... escucha!
Yo soy el último que hablo:
El miedo y la ceguera de los hombres
han llenado de viento tu cráneo,
han henchido de orgullo tus huesos
y hasta el trono de un dios te han levantado.

Y eres necia y altiva
como un dictador totalitario.

Tiraste un día una gran línea negra
sobre el globo terráqueo;
te atrincheraste en los sepulcros y dijiste:
"Yo soy el límite de todo lo creado...
¡Atrás!
¡Atrás, seres humanos!..."
Y no eres más que un segador,
un esforzador segador... un buen criado.

Tu guadaña no es un cetro
sino una herramienta de trabajo.

En el gran ciclo,
en el gran engranaje solar y planetario,
tú eres el que corta la espiga,
y yo ahora... el grano,
el grano de la espiga que cae
bajo tu esfuerzo necesario.
Necesario no para tu orgullo
sino para ver cómo logramos
entre todos
un pan dorado y blanco.

Desde tu filo iré al molino.
En el molino me morderán las piedras de basalto,
como dos perros a un mendigo
hasta quitarle los harapos.
Perderé la piel, la forma
y la memoria de todo mi pasado.
Desde el molino iré a la artesa.
En la artesa me amasarán sudando
y sin piedad
unos robustos brazos.
Y un día
escribirán en los libros sagrados:
El segundo hombre fué de masa cruda

como el primero fué de barro.
Luego entraré en el horno... en el infierno.
Del fuego saldré hecho ya pan blanco
y habrá pan para todos.
Podrés partir y repartir mi cuerpo en miles y
millones de pedazos...
podréis hacer entonces con el Hombre
una hostia blanquísima... el pan ázimo
donde el Cristo se albergue.

Y otro día dirán en los libros sagrados:
El primer hombre
fué de barro,
el segundo de masa cruda
y el tercero de Pan y Luz.
Será un sábado
cuando se cumplan las grandes Escrituras...
Entretanto,
a trabajar con humildad y sin bravatas,
Segador Esforzado.

## IV

### EL SALTO

Somos como un caballo sin memoria,
somos como un caballo
que no se acuerda ya
de la última valla que ha saltado.

Venimos corriendo y corriendo
por una larga pista de siglos y de obstáculos.
De vez en vez, la muerte...
¡el salto!
y nadie sabe cuántas
veces hemos saltado
para llegar aquí, ni cuántas saltaremos todavía
para llegar a Dios que está sentado
al final de la carrera...
esperándonos.

Lloramos y corremos,
caemos y giramos,
vamos de tumbo en tumba
dando brincos y vueltas entre pañales y sudarios.

## V

### ¡VAMOS HACIA EL INFIERNO!

El grito suena bien en el vientre de la cueva,
el salmo bajo el mediodía de los templos
y la canción en el crepúsculo...
El grito es el primero.

Hay un turno de voces:
yo grito,
tú rezas,
él canta...
El grito es el primero.

Y hay un turno de bridas:
él las lleva,
tú las llevas,
yo las llevo.
Y a la hora de las sombras subterráneas
la blasfemia reclama sus derechos.
Los caballos piafan ya enganchados y la carroza
aguarda...
¿Quién la lleva? Yo: el blasfemo.
Yo la llevo, yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.

Este es el poeta,
tú eres el salmista,
ése es el que llora,
tú eres el que grita...
yo soy el blasfemo.
Yo la llevo, yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.

¡Arriba! ¡Subid todos!
¡Vamos hacia el infierno!
La aijada tiene su ritmo,
y la tralla,
y el grito,
y el aullido...
y la blasfemia del cochero.
¡Arre! ¡Arre!

¡Músicos,
poetas y salmistas;
obispos y guerreros!...
Voy a cantar.

Vida mía, vida mía,
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Vida mía, vida mía,
tengo un ojo pitañoso
y el otro con ictericia.
Vida mía, vida mía,
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Esta es mi copla, la copla de mi carne,
la copla de mi cuerpo.
Mas si mis ojos están sucios
los vuestros están ciegos.

¡Músicos,
poetas y salmistas;
obispos y guerreros!...
El viejo rey de Castilla
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
El viejo rey de Castilla
tiene una pierna leprosa
y la otra sifilítica.
El viejo rey de Castilla
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Esta es la copla de mi tierra,
la copla de mi reino.
Mas si mi reino está podrido
su espíritu es eterno.

¡Músicos,
poetas y salmistas;
obispos y guerreros!...
Llevadme de nuevo el compás.

En los cuernos de la mitra
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
En los cuernos de la mitra
hay una plegaria verde
y otra plegaria amarilla.
En los cuernos de la mitra
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Esta es la copla de mi alma,
de mi alma sin templo
porque la bestia negra apocalíptica
lo ha llenado de estiércol.

Tres veces cantó el gallo,
tres veces negó Pedro,
tres veces canto yo:
por mi carne,
por mi patria
y por mi templo...
Por todo lo que tuve
y ya no tengo...

Vamos bien,
no hemos errado el sendero.
Conjugad otra vez;
éste es el poeta,
tú eres el salmista,
ése es el que llora,
tú eres el que grita,
Yo soy el blasfemo...
¿Y el sabio? ¿Dónde está el sabio? ¡Eh, tú!

Tú que sabes lo que pesan las piedras y lo que corre el viento...
¿Cuál es la velocidad de las tinieblas y la dureza del silencio?
¿No contestas?... Pues las bridas son mías.
Yo la llevo,
yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.

Músicos, sabios,
poetas y salmistas,
obispos y guerreros...
Dejadme todavía preguntar:
¿Quién ha roto la luna del espejo?
¿Quién ha sido?
¿La piedra de la huelga,
la pistola del *gangster*,
o el tapón del champaña que disparó el banquero?
¿Quién ha sido?
¿el canto rodado del poeta,
el reculón del sabio,
o el empujón del necio?
¿Quién ha sido,
la vara del juez,
el báculo
o el cetro?
¿Quién ha sido?
¿Nadie sabe quién ha roto el espejo?
Pues las bridas son mías. ¡Adelante!
¡Arre! ¡Arre!... ¡Vamos hacia el infierno!

Y para hacer más corta la jornada
ahora cantaremos en coro, y cantaremos
las coplas
del Gran Conserje Pedro.
Yo llevaré la voz cantante y vosotros el estribillo
con lúgubre ritmo de allegretto.

(*Copla*)
Vino la guerra.
Y para hacer obuses y torpedos
los soldados iban recogiendo
todos los hierros viejos
de la ciudad. Y Pedro,
el Gran Conserje Pedro,
le dijo a un soldado: Tomad esto...
Y le dió las llaves del templo.

(*Estribillo*)
Pedro, Pedro...
el Gran Conserje Pedro
que ha vendido las llaves del templo.

(*Copla*)
Pedro...
Te dijo el Señor en los Olivos
cuando heriste con tu espada al siervo:
Mete esa espada en la vaina,
que yo sé a lo que vengo.
Y la metiste... con las cajas de caudales en el templo.

(*Estribillo*)
Pedro, Pedro,
el Gran Conserje Pedro,
amigo de soldados y banqueros.

(*Copla*)
Y ahora tenemos que ir al cielo
dando un gran rodeo
por el camino del infierno,
cavando un largo túnel en el suelo
y preguntando a las raíces y a los topos,
porque ya no hay campanas ni espadañas, Pedro,
y los pájaros... todos tus pájaros se han muerto.

(*Estribillo*)
¡Pedro, Pedro,
todos tus pájaros se han muerto!

Sin embargo, señores, yo no soy un escéptico
ya hay unas cuantas cosas en que creo.
Por ejemplo, creo en el Sol, en el Diluvio, y en el estiércol;
en la blasfemia, en las lágrimas y en el infierno;
en la guadaña y en el Viento;
en el lagar, en la piedra redonda del amolador y en piedra redonda del viejo molinero;

y en el hacha que derriba los árboles y descuartiza
los salmos y los versos;
en la locura y en el sueño...
y en el gas de la fiebre también creo,
en ese gas ingrávido, expansivo y deletéreo,
antifilosófico, antidogmático y antidialéctico
que revienta los globos... los grandes globos, los
globitos
y el cerebro.

Y creo
que hay luz en el rito,
luz en el culto
y luz en el misterio.

Creo
que el agua se hace vino,
y sangre el vino,
sangre de Dios y sangre de mi cuerpo.

Creo
que el trigo se hace harina
y carne la harina...
carne de Dios y carne de mi cuerpo.

Creo
que un hombre honrado
cuando nos da su pan
tiene el cuerpo de Cristo entre los dedos.

Y creo
que en el caliz y en la hostia
hoy no hay más que babas del Gran Conserje Pedro.
Este es mi credo.
y pronto será el vuestro.
Ya lo iréis aprendiendo.

Con él entraremos
por la puerta norte y saldremos
por el postigo del infierno.
El infierno no es un fin, es un medio...
(Nos salvaremos por el fuego).
Y no es un fuego eterno.
Pero es, como las lágrimas, un elevado precio
que hay que pagarle a Dios, sin bulas ni descuentos
para entrar en el reino de la luz,
en el reino de los hombres, en el reino de los héroes,
en el reino
que vosotros habéis llamado siempre, el reino
beatífico del cielo.
¡Vamos allá!
¿Estamos todos? Hagamos el último recuento:

Este es el salmista, el que deshizo el salmo
cuando dijo con ira y sin consejo:
"Tú eres el Dios que venga mis agravios
y sujeta debajo de mí pueblos".
Y éste es el poeta luciferino,
el que inventó el poema
esterilizado y antiséptico



y guardó en autoclaves la canción,
puritano, orgulloso y fariseo.
¡Oh, puristas y estetas!
Aun no está limpio vuestro verso
y su última escoria ha de dejarla
en los crisoles del infierno.
Aquí van los artistas sodomitas,
los pintores bizcos y los poetas inversos.
(No lloréis. Pero no digáis tampoco
que la Luz y el Amor se ven mejor torciendo
la mirada
y el sexo.
Ni llanto ni ufanía. Vamos al gran taller,
a la gran fragua donde se enderezan los entuertos).
Aquel es el que grita, el hombre de la furia,
y aquel otro el que llora, el hombre del lamento.
Allá va el rey leproso y sifilítico,
éste es el bobo intrépido
y éste es el sabio témido,
cargado de tarjetas y de miedo:
ni para decir *e pur si muove*
le ha quedado resuello.
Aquí van el juez y el *gangster*
los dos juntos en el mismo verso.
Este es el Presidente demócrata y guerrero
que desnudó la espada en el verano
y debió desnudarla en el invierno.
(¡Ay del que se armó tan sólo
para defender su granero,
y no se armó para defender
el pan de todos primero!
¡Ay del que dice todavía:
nos proponemos conservar lo nuestro!)
Allí va el demagogo,
aquél es el banquero,
éstos son los cristianos
(que ahora se llaman los "cristeros").
Y éste es el hombre de la mitra,
la bestia de dos cuernos,
el que vendió las llaves...
el Gran Conserje Pedro.

.....

¡Aquí van todos!
Y aquí voy yo con ellos.
Aquí voy yo también, yo, el hombre de la tralla,
el de los ojos sucios... el blasfemo.

Sí
ahora ya sin hogar y sin reino,
sin canción y sin salmo,
sin llaves y sin templo...
yo la llevo, yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.

Se va del salmo al llanto,
del llanto al grito,
del grito al veneno...
¡Arre! ¡Arre!
¡Y se gana la luz desde el infierno!

IMPRESO EN MEXICO. TALLERES GRAFICOS DE LIBRERIA MADERO, S. A.